

ZUBIRI SIGUE VIVO

No esperaba tener que escribir estas líneas tan pronto. Ya en las 3 ó 4 despedidas últimas Xavier me había dicho, que ya no nos volveríamos a ver más, pero que fuere lo que Dios quisiera. Yo le respondía que Dios quería que acabase de escribir los libros proyectados y que, por tanto, no se iba a morir hasta que los concluyese. Pero no ha sido así. Como en tantas otras cosas él tenía más razón.

Me piden ahora que escriba de él como hombre, como filósofo, como cristiano desde mi perspectiva de discípulo. El problema es cómo. Hace 20 años que he trabajado con él. Hemos hablado de problemas teológicos, religiosos y pastorales, hemos hablado también de nuestras almas. Demasiado tema entonces, éste de decir cómo era.

Como hombre era alguien que se hacía querer, a pesar de que a veces podía parecer egoísta. Pero ningún egoísta es querido y Zubiri lo era por cuantos le conocían de cerca. Enormemente sentimental y afectivo, sin que esto obstara a su insobornable condición de intelectual científico. Por eso, tras su prosa nítida, exacta y brillante, se siente en tantas ocasiones su encendida pasión controlada. Por eso, su palabra viva era tan capaz de sobresaltar aun cuando tratase de lo más obstruso. El que la política no le dijera mucho, no significa que no le importaran las personas, especialmente las más oprimidas. Por eso, llegó a interesarse tanto por la utilidad que pudiera tener su pensamiento para la teología de la liberación o para el esclarecimiento de problemas estructurales.

Se ha dicho que su filosofía dice poco del mundo de hoy dice poco al hombre de hoy. A Zubiri, tan preocupado por la "actualidad", por el estar y hacerse presente de todas las cosas, por su ser y su sentido, no parecía importarles el que

los otros le reconociesen como actual, y es que su talante intelectual era el del científico. Quería saber cómo son las cosas últimamente, quería saber cómo son en realidad. No le importaba ser sugestivo ni contar las impresiones que le producían las cosas. Yo recuerdo cómo tras haber él escrito más de 600 páginas del libro sobre la inteligencia, un día me contó que no había podido dormir y se había estado sorbiendo sus lágrimas para no despertar a Carmen su mujer. Es que —me contaba—, si es verdad lo que he escrito ayer, todas las otras páginas son inútiles porque no dicen las cosas como son y, por tanto, tengo que romper el trabajo de tres años. Sólo cuando vio cómo conciliar la verdad que acababa de encontrar con lo escrito anteriormente pudo tranquilizarse. Era la verdad, lo que las cosas son en realidad, lo que le importaba y a buscarla y expresarla dedicó toda su vida desde los 15 años en que ya se puso a escribir hasta los casi 85.

Estaba seguro que eso era su vida, su vocación y la llamada de Dios. Es cierto que lo que más valoraba en lo humano era la amistad. Pero la obligación de su vida, la costosa y dulce obligación, era deshacerse indagando la verdad de lo que le parecían ser los fundamentos de la vida humana. No le fue fácil. Tuvo para ello que renunciar a muchas cosas, resistir a otras tantas y ponerse a trabajar sin estar seguro nunca de que su trabajo le pudiera llevar a resultados satisfactorios y sin siquiera saber si iba a ser retribuido económicamente. Sabía que el don y la gratuidad serían recompensados y que el Dios que viste las florecillas del campo no le iba a abandonar. Apenas exigía nada y por eso le fue dado lo suficiente, aunque sólo lo suficiente, sin olvidar los largos años en que Carmen y él no tenían ni siquiera para cenar.

Esto significa que era profundamente hu-

milde y que se ponía como un niño en manos de Dios, a quien, sin embargo, le importunaba después con preguntas trascendentales. Yo hacía de modesto testigo. Cada noche me leía sus páginas y siempre me pedía que no le hiciera terapia intelectual sino que le dijese toda la verdad, todas mis críticas. A veces discutíamos duramente más en cuestiones teológicas y religiosas que filosóficas. Y con frecuencia preguntaba, ¿se podría sostener tal o cual punto desde lo que enseña el magisterio? Horas y horas pasamos discutiendo, por ejemplo, si podría sostenerse que la materia pudiese haber sido creada "ab aeterno" o si el hombre parece todo entero cuando muere haciendo de la resurrección una re-creación también total. Zubiri sintió toda la involución que supuso la lucha antimodernista. Temía que el fenómeno se volviese a repetir y temía por el futuro

innovador del Vaticano II. Decir más sería abrir heridas y sospechas innecesarias. Era arrupiano confeso, pues le encantaba la forma en que el padre Arrupe entendía la fe y la vocación cristiana en el mundo de hoy.

Estas precipitadas reflexiones quieren significar que Zubiri, aún está vivo, que aún tiene que dar mucho de sí. Lástima que ya no esté en persona para hacerlo, pero es seguro que lo que queda por publicar junto con lo ya publicado mantendrá por mucho tiempo su espíritu y su obra siempre vivos. Flores vivas en su tumba, donde el cementerio civil llevará una cruz, no le faltarán, a él que vivió y murió como cristiano firmísimo pero en medio del mundo y de la aparente incredulidad.

I.E.)

